

## LA ESTACION

(Fragmento)

En aquel tiempo corría yo al atardecer hacia los suburbios,  
los descampados daban pábulo a mis fantasías.  
El Ángel del Señor blandía su espada sobre las ajenas ciu-  
/ dades del crepúsculo,  
las ciudades que se erguían rojas frente a mí  
a lo largo de la cresta de los montes.  
El mundo todo discurría en derredor mío como una maraña  
/ infranqueable  
y prefería entonces no rozarme con las gentes  
a las que creía como yo inmersas en el acontecer del cielo;  
solo más tarde me di cuenta de que su ajetreo  
era del todo ajeno al lugar de mi excitación.  
Y mis ojos comenzaban ya a asemejarse  
a los viejos cementerios de coches a lo largo del camino  
que el sol poniente poblaba de destellos.  
Tierra sin surcos, sin sombra de viñas ni de olivos,  
las legamosas aguas del río arrastran el aliento de los hom-  
/ bres,  
la bomba sube y baja lubricada por el sudor del crepúsculo,  
por la belleza y por la sangre que fluye en los escombros.  
La tarde inabarcable era entonces una infección  
vibrante de veladuras y fulgores  
que el aire dolorosamente cicatrizaba.  
Inmenso desde los umbrales el erial del estío,  
inundado por el tibio torrente de la sangre.  
Estrépito solar  
mis ojos chocaban contra las fanfarrias de los lejanos him-  
/ nos;  
la vida en torbellino se desbordaba,  
sin límites...

**Josu Montero**